



HERMAN RAUCHER

**Verano
del 42**

Hernie, Oscy y Benjie pasar el verano en Packett Island. Allí, en unos días lentos y exasperantes, descubrirán el sexo, la violencia, buscarán ansiosamente dar sentido a sus vidas e insertarse en el mundo mítico de los adultos, vivirán fantásticas aventuras bélicas, asimilarán toda la gama desconcertante de prejuicios masculinos en torno a la vivencia erótica, construirán un mundo personal hecho de ansias inconexas, de fraudulentas y parciales satisfacciones. Herman Raucher realiza el más perfilado análisis del mundo de la adolescencia, del drama de quien, a solas con su imaginación, tendrá que ir descubriendo paso a paso, entre tímido y petulante, el mundo de convenciones y secretos que encierra la experiencia erótica. Verano del 42 es una excepcional novela que ha servido de base para realizar una gran película.

A todos aquellos que he amado,
en el pasado y en el presente.

1

Siempre había deseado regresar a la isla, verla de nuevo. Sin embargo, nunca hasta ahora se le había presentado la ocasión de hacerlo. Esta vez, no obstante, habiendo escapado del monótono horario que regía su vida y con todos los pormenores a su favor, había subido hasta la costa de Nueva Inglaterra para comprobar, por sí mismo, si la magia del lugar persistía. El Mercedes descapotable había merecido algún que otro frío comentario de la media docena de ariscos isleños que viajaban en el trasbordador, pues no eran muchos los coches nuevos que pasaban a la isla. En su mayoría los coches que iban a Packett Island se hallaban en los últimos días de su existencia y por esta razón, poco importaba el viaje de regreso al continente. «Los coches vienen a esta asquerosa isla para morir». Oscy había dicho eso. Oscy, el gran filósofo. Y continuaba siendo tan verdad en 1970 como lo fuera en 1942.

Escudriñó el rostro de los que viajaban con él. El viento azotaba sus mejillas. Era obvio que ninguno de ellos le recordaba. Aunque acaso no fuera tan extraño teniendo en cuenta que la última vez apenas consiguió reunir los veinticinco centavos, que costaba la travesía, él escasamente contaba quince años, y en el ínterin, los cambios habían sido muchos. Incluso los veinticinco centavos se habían convertido en un dólar y él había celebrado ya su cuarenta y dos aniversario. ¿Cómo podía imaginar que alguien le recordara? ¡Qué desfachatez la suya!

El «Mercedes» avanzaba indiferente a lo largo de lo que quería ser el paseo marítimo, pues siendo cincuenta kilómetros por hora la velocidad máxima en la isla, difícilmente un exhumado La Salle, y menos aún un «Mercedes Benz», considerarían aquello un desafío. A la izquierda se extendía, bajo la hierba, la recordada marisma, con su desperdigada variedad de residuos y emblanquecidos troncos de madera que el mar lanzaba fortuitamente al otro lado de la carretera cuando se sentía predispuesto a ello. Y a la derecha estaba el mar, agitado y verde gris. Grande, muy grande. Era uno de los mares más grandes del mundo.

El lujoso coche hacía de los baches copos de algodón mientras él miraba a través del amplio parabrisas el extraño fulgor que le precedía. Era mediodía, pero no se había informado de ello al sol y podía confiarse en que la veleidosa bruma resistiera un buen rato antes de ceder el paso a lo que por aquellas latitudes se denominaba «día». Los límites de visibilidad no excedían un círculo de más de cincuenta metros en derredor. No obstante, el aire del mar ya empujaba a la bruma y ésta cedía terreno con resentimiento, retirándose en rencorosos velos. Podía ver la neblina avanzar ante él, empujando a su apelmazada sombra. La espesa cortina gris mostraba ya pequeños claros que prometían convertirse en parches azules. De pronto, agazapada sobre una loma y a corta distancia del mar, apareció una silueta. Era una casa de madera de cedro, castigada e indómita. La casa estaba lejos y no obstante, tan grabada se hallaba en su cerebro que hubiera sido capaz de reconstruirla palmo a palmo. Dorothy. Te amo, Dorothy.

Paró el «Mercedes» y bajó, escuchando el suave portazo que diera la puerta al cerrarse. Descendió la mirada hasta sus sandalias. Eran italianas y le habían costado cuarenta y cinco dólares. Había prosperado. No había sido fácil, pero la lucha había valido la pena. Dejó la carretera para dirigirse a la parte arenosa de la marisma. Quería andar sobre las onduladas crestas. Cuando las sandalias se llenaron de are-

na se las quitó. Hizo lo mismo con los calcetines, guardando cada uno de ellos dentro de su correspondiente sandalia. Muchos años antes había hecho lo mismo en aquellos contornos. Hundió los pies en la cálida arena y sus dedos se curvaron como la zarpa de un gato. Se despojó de la chaqueta azul y echándola sobre el hombro dirigió sus pasos hacia la casa que se recortaba en el horizonte... y hacia los últimos y dolorosos años de su inocencia.

El sol, olvidando que era el mes de agosto, se tomó la libertad de enviar una ráfaga otoñal, y el océano se encrespó como en los óleos que cuelgan en las paredes de los museos de Boston. Había descendido hasta la playa pisando la arena endurecida por la marea que llegaba hasta los pequeños montículos anunciadores del gran júbilo que se avecinaba. Tan sólo una o dos gaviotas osaron mostrar su esperanza de que el sol conseguiría rasgar la melancólica techumbre.

La casa en la loma, asentada sobre sus doce pilares y protegida por los mismos catorce peldaños de madera que él un día descendiera en tan absurdo estado de confusión, quedaba ahora a la izquierda. Y aún estaba allí, como barrera contra el mar y ejemplo de absurda pretensión del hombre, la baja y combada valla. Y si la música realmente sonaba o era producto de su imaginación ¡qué importaba! Él, podía oírla, suave, triste, evocadora, cálida, sentimental y sagrada.

Anoche te vi

Y tuve, de nuevo, aquella sensación...

Y luego oyó las voces que le llamaban, venían desde muy lejos, desde una distancia de casi treinta años, venían empujadas por el viento y atravesando la niebla. Eran voces de chicos, dominantes, nerviosas, retumbando sobre la arena y acabando en una especie de graznido de ave marina.

Oye, Hermie...

Ven, Hermie, por lo que más quieras...

Ante él, de la niebla, aparecieron tres chiquillos sobre la arena. Se arrastraban furtivamente por la loma en dirección a la casa. Avanzaban como si llevaran a cabo una complicada maniobra militar. El que encabezaba el grupo daba la señal para que los otros dos le siguieran y estos se desplomaban a su costado incrustando el vientre en la arena. Y aquello que miraban, más allá del curvo borde de la loma, era invisible para el hombre que les observaba desde la playa.

El hombre permaneció inmóvil mirando hacia la intemperizada casa, de la cual, desde su posición, tan sólo podía divisar el tejado. Y no oyó el lamento de los montículos de arena que presagiaban la llegada de la traidora marea, ni advirtió que el mar lamía sus tobillos salpicando los pantalones hasta la altura de sus rodillas. Simplemente continuó inmóvil deseando poder formar parte de aquel grupo como lo hiciera muchos años ha...

Chico, oh, chico, Hermie...

Cállate, Oscy...

Hermie, quieres dejar de mirarme...

Cuando tenía quince años y su familia venía a Packett Island durante el verano, en la isla no había tanta gente ni tantas casas. Entonces era mucho más fácil estudiar su geografía y las peculiaridades del mar. Y si los padres no querían que sus hijos muriesen a causa de la soledad y el aburrimiento ellos mismos se aseguraban que otras familias aportaran su contribución infantil a la isla. Con Hermie, aquel verano de 1942, estuvieron su mejor amigo, Oscy, y otro amigo íntimo, que aún no se había hecho acreedor del calificativo «mejor», llamado Benjie.

Oscy era fuerte y con el cabello encrespado. No parecía, en absoluto, un chico de ciudad, sino más bien, un fugitivo de Iowa. Su imborrable sonrisa era rasgo característico en él. Sólo desaparecía en ocasiones extremas: en momentos de dolor, de pesar, de angustia o desesperación. La sonrisa de Oscy era su bandera y nadie recordaba que arriara los colores en ninguna circunstancia. Era un mes mayor que Hermie y blandía aquellos treinta y un días como arma que confirmaba e imponía su superioridad y supremacía. Oscy lastraba consigo un aire de rebeldía, una tibieza invulnerable y una especie de hombría infantil que presagiaba al hombre duro y de confianza. Oscy era un muchacho digno de tener en cuenta.

Benjie era muy distinto. El más joven y el más delgado del grupo parecía haber heredado, su físico, de John Carra-dine. Era, además, el más sensible de los tres. Obedecía las órdenes de Oscy porque no era tonto. Tenía un reloj de pulsera, un «Ingersoll» que era más importante para él que cualquier parte de su anatomía, de la cual, si hemos de confesar la verdad, aún desconocía todas sus posibilidades.

Hermie tenía quince años, el cabello rojizo e indomable y dos grandes dientes que se apoyaban el uno contra el otro justo en el centro de su rostro. Aunque mayor que Benjie no era rival para Oscy y acaso por esta razón se había hábilmente convencido de que no era de gran importancia el que uno u otro de ellos fuera el jefe. En aquel preciso momento de su vida, Hermie se hallaba sentado a horcajadas sobre el muro que separaba la infancia de la adolescencia. De qué lado iba a caer sería obvio para cualquier psicólogo, pero para Hermie aquello estaba resultando un problema difícil de resolver. Permanecía despierto durante noches enteras pensando en la responsabilidad de su próxima madurez y en cosas como el lumbago y la gota, en la manera de conducir un coche, en la mejor forma de pasar la navaja por sus mejillas, en sinusitis y migrañas, si debía permitir que su madre continuara comprándole la ropa interior y

cuándo empezaría a aparecer los granos. Así como cuándo conseguiría agarrar a una chica por su cuenta, dónde y quién sería ella e inquietándole no saber si le descubriría algún policía cuando lo estuviera haciendo. Hermie era una de esas personas a quienes todo les preocupaba: era un atormentado. ¡Pero era tan hermoso atormentarse!

Se llamaban el terrible trío, aunque nadie sabía qué razones tenían para ello. Era, principalmente, una manera de robustecer su vanidad, de hallar un lugar donde situarse en este mundo. Y, allí, tendidos sobre la arena de la marisma en la que la vieja casas se erguía, se llamaban Beau, John y Digby, «Los Diablos del Desierto, con corazones de acero y arena en los *shorts*.

¿La casa? La casa era de ella y nada ni nadie, desde que Hermie la viera, consiguió atormentarle e inquietarle como ella, ni hacer que se sintiera tan seguro e inseguro, tan importante e insignificante.

Los chicos yacían, doloridos y paralizados, escuchando el hueco sonido del hacha al chocar contra el recio tronco. Allá, abajo, en el gran hoyo que había entre los pilares de madera que soportaban la casa, un hombre enarbolaba el hacha en increíble y formidable arco; la levantaba desde la espalda, como Abe Lincoln, haciéndola bajar, cortando el aire, como Zeus. El tronco se partió, limpio, en dos y otro no tardó en correr la misma suerte. Luego siguió otro, otro y otro. Los muchachos no se movían, apenas respiraban. Miraban sin pestañear por encima del borde de la arena y escuchaban aquellos estallidos que parecían llegar desde el infierno. Aquello, sin saber por qué, era de interés vital para ellos. Aquel hombre, aquel sonido y aquella hacha.

Una y otra vez el hombre, con excepcional fuerza, apartaba los troncos partidos, hacía saltar astillas a su alrededor y dejaba los recios leños desperdigados como nueces aplastadas de un solo manotazo. La luz se hizo más intensa y el hombre pudo ser visto con mayor claridad. Su cuerpo estaba inconcebiblemente desarrollado, la descripción de su

musculatura hubiera rivalizado con cualquiera de las estatuas de Bernini. Poseía la gracia de Mercurio y la fuerza de Superman, aunque la pipa que colgaba de sus labios le señalaba como miembro de la más pura nobleza británica.

Cuando la mujer hizo su aparición, deslizándose por entre las sombras, y rodeó el cuerpo del hombre con sus blancos brazos, el corazón de Hermie golpeó con fuerza contra sus costillas, semejando un gorrión enjaulado. Ella era delgada, aunque bien formada, y su negra cabellera se despaldaba suavemente sobre sus hombros. Todos sus movimientos eran sensuales. No es, pues, extraño que el hombre dejara el hacha y atrajera a la mujer hacia sí, besándola de manera que no admitía rectificación alguna. Y los tres muchachos miraban comprendiendo que aquello era de esencial importancia, que era algo en lo que ellos mismos, algún día, se verían envueltos. Era como una advertencia para el futuro, un preludio de lo que iba a ocurrirles. Agudizaron el oído, aunque con respeto y temor. Y viendo a la mujer besar y abrazar a aquel hombre, los pantalones cortos de Hermie llenos de arena, parecieron, encoger. Se retorció en silencio. Sus compañeros hicieron otro tanto. Pagaban el precio de su precocidad, y el precio estaba resultando demasiado elevado.

El beso llegó a su fin cuando los muchachos estaban a punto de alcanzar el límite de resistencia. La mujer se escabulló del abrazo y empezó a cargar leños sobre los brazos del hombre. Parecía como si fuera capaz de cargar sobre ellos una montaña. Uno a uno fue ella amontonando los leños. Bloques para el templo de Salomón. Piedras para las pirámides. Luego los dos enamorados se perdieron entre los pliegues de la niebla y tras ellos se oyó el abrir y cerrar de una puerta. Fue entonces cuando los tres chicos advirtieron el agitado estado en que se hallaban. Debido a que Oscy era el jefe del grupo se creyó obligado a efectuar un comentario referente a lo visto, acompañándolo de su inseparable sonrisa.

—Va a llevársela al dormitorio.

—Creo que hará mejor desprendiéndose de los leños antes.

Aquél era el pragmático alegato de Benjie. Le encantaba decir cosas que no admitieran discusión como «hoy es jueves», «el presidente de los Estados Unidos es Roosevelt», o «son exactamente las dos de la tarde». Todo cuanto Benjie dijera con la más mínima posibilidad de litigio le granjeaba la amonestación y un empujón de Oscy. Siempre era igual. Era tradición.

Oscy se dejó resbalar, más o menos, un metro hacia la playa. Luego se enderezó, giró sobre sí mismo y empezó a descender el resto de la empinada pendiente andando. Era imposible. Y más imposible aún resultaba para Benjie, quien siendo tan alto carecía de centro de gravedad. Y así, pues, hizo lo que siempre terminaba haciendo al descender por la loma. Cayó, rodó y no paró hasta llegar a los pies de Oscy, quien pateó y echó aún más arena sobre él.

—¡No fastidies!

Benjie podía dirigir expresiones tan poco respetuosas a Oscy siempre y cuando el castigo ya hubiera sido infligido, pero emplear tal lenguaje antes de recibir el castigo, o sin provocación previa, le hubiera acarreado disgustos, muy próximos a la muerte.

Oscy colocó un pie sobre el pecho de Benjie, como si fuera Colón dispuesto a reclamar aquel territorio que pisaba para los reyes de España y de esta guisa gritó a Hermie, quien aún no se había decidido a descender:

—Oye, Hermie ¿quieres mover el trasero? ¡Ya es hora!

Era casi imposible no oír la voz de Oscy, puesto que llegaba al oído humano como una salva naval. Hermie se dejó deslizar por la pendiente como hiciera Oscy y cuando llegó al lugar donde le esperaban sus amigos también pateó y echó arena sobre Benjie, puesto que, al parecer, era lo que se esperaba que hiciera y Hermie, en principio, era conformista.

—¡No fastidies!

Esta frase salía desde muy hondo, ya que Benjie aún no había conseguido incorporarse. Benjie podía hacer uso de tales expresiones ante Hermie siempre que le apeteciera, puesto que Hermie no acostumbraba a protestar. Hermie, también era displicente.

En pocos segundos los tres muchachos corrían por la playa formando lo que pudiera llamarse «un trenzado». Corrían con velocidad descompasada, entrando y saliendo de la bruma y tropezando con quien se pusiera ante ellos. Los ángulos de contacto se hicieron cada vez más amenazadores, hasta tal punto que Hermie, quien valoraba en mucho su vida, decidió abandonar la carrera al igual que la Patty dejó a Maxime y a la Verne en medio de la canción. Hermie lanzó una última mirada a la casa, estudiándola y haciendo conjeturas. Luego se encaminó hacia su hogar por un sendero que solamente él conocía con el fin de evitar que sus compañeros, de los que ya se había cansado, le siguieran.

2

Hermie había hecho cuanto humanamente era posible con la habitación que le habían asignado. Una de las paredes, en la que estaba la ventana, la había decorado con fotografías del Mel Ott, Johnny Racket y Hank Danningam porque era un hincha de Giants. Todas estas fotografías estaban dedicadas y firmadas, pero tanto las firmas como las dedicatorias habían sido falsificadas por Hermie, puesto que los Giants estaban en Nueva York y él vivía en Brooklyn y esperar que los Giants fueran a Brooklyn y tener la desvergüenza de dejarse ver solicitando un autógrafo... era demasiado arriesgado. Otra de las paredes exhibía fotografías del «Curtus P. 40 Tomahawk», del intrépido bombardero «Douglas» y el «Belle Aircobra P. 29». Ninguna de estas fotografías tenía firma, porque, ¿a quién iba a engañar? El tercer muro lo había dedicado a Ann Savage, Marguerite Chapman, Karen Verne y al gran amor de Hermie, Penny Singleton. Bien sabía él que al elegir a Penny Singleton no tendría muchos rivales, pero Hermie era así. A él que le importaba que otros tuvieran a Ginger Rogers, a Hedy Lamarr o Ann Rutherford, esas chicas eran, terreno, demasiado trillado. A Hermie le gustaba ir solo por el mundo. Además escogiendo a Penny Singleton sabía que al pedirle una fotografía firmada ésta llegaría con la tinta aún sin secar y hasta en algunas ocasiones, emborronando su naricilla. Hermie era dueño de cinco fotografías firmadas por Penny Singleton. Penny era la protagonista de las películas *Blondie*. En dos de las fotografías Penny estaba con Bab Dum-

pling y con Dagwood, su marido en la serie. En otra estaba sólo con Dagwood, y en las dos restantes estaba, exclusivamente, ella. En una de estas últimas Penny llevaba un traje de baño enseñando mucha pierna y piernas eran precisamente algo que no se veía en abundancia en las películas *Blondie*. Por esta razón tuvo una grata sorpresa al recibir la fotografía. A Hermie le gustaba la sonrisa de Penny y los rizos rubios que se amontonaban sobre su cabeza y también su simpatía. E igualmente le gustaban sus piernas, dos poderosas razones por las que se ponía enfermo al pensar en su marido, Dagwood, aunque tan sólo lo fuera en las películas. Existía una sexta fotografía de Penny Singleton en poder de Hermie, pero ésta estaba escondida en uno de los cajones de la cómoda puesto que Hermie la había retocado, no muy diestramente por cierto ya que no era ningún Norman Rockwell. Con la ayuda de una navaja había recortado y eliminado al estúpido rostro de Dagwood Bumsstead, colocando, en su lugar, una foto suya a la edad de doce años. Resultaba algo ridículo debido a que el lazo de Dagwood no contribuía a mejorar la expresión. Dagwood siempre llevaba corbatas de lazo, razón de más por la que Hermie se negara, rotundamente, a llevarlas. No obstante, Hermie adoraba aquella fotografía en la que él y Penny estaban juntos y muy en especial porque en ella él tenía una mano a pocos centímetros de su busto y también a muy pocos centímetros de lo otro. Con la otra mano sostenía una de las manecitas de Penny y ninguna otra mano en Hollywood fue objeto de tantas fantasías como aquella. Pero fuere como fuere, la fotografía permanecía oculta entre los calcetines de Hermie y muy próxima a su corazón.

La cuarta, y última pared estaba ocupada, casi en su totalidad, por un armario empotrado y una puerta que Hermie mantenía cerrada porque no sólo conectaba con el resto del segundo piso del bungalow sino que igualmente servía de acceso a la finca, y como es bien sabido, el hogar de un hombre es, o debe serlo, su castillo. Sobre esta pared, en

el único rincón disponible, Hermie había colocado la fotografía de su primo, de veintidós años, destacado en la isla de Kiska, en las Aleutianas, junto a la costa de Alaska. Allí hay que reconocerlo, la acción no era de importancia vital de no ser por algún oso que atacara a un esquimal. Sin embargo, Hermie, mantenía la foto de su primo en aquel rincón porque era el pariente que más se le parecía a un héroe, aún cuando fuera asmático. Había simulado un ataque en la comandancia militar, que de nada le valió para que le licenciaran, pero sí, al menos, para que le ascendieran a cabo. De haber sido epiléptico posiblemente le hubieran dado los galones de sargento. Hermie también había falsificado la dedicatoria de esta fotografía. En ella se leía: «A Hermie, con valor, su primo en combate, Ronald».

El transistor de la General Electric, que su madre había adquirido por veinticuatro dólares junto con una tostadora de pan y una lámpara, estaba tocando *Dios bendiga a América* cantada por Kate Smith. No era posible, en aquellos días, escapar de Kate Smith cantando *Dios bendiga a América*, de manera que Hermie apretó un botón y cambió de emisora hasta que, después de un rato, haciendo presión con el meñique dejó la habitación en silencio. Era su hora de pensar. Una o dos veces al día se concentraba y pensaba profundamente por qué su profesor de inglés le había dicho que de esa forma se desarrollaban distintos puntos de vista acerca de la vida. Pero quince minutos de profundos pensamientos sólo conseguían un dolor de cabeza para Hermie. Cogió y ojeó el *Manual de Aeronáutica* y se sintió convencido de que si un «Mitsubishi» llegaba a volar sobre Maine, él sería el primero en detectarlo.

Así transcurría la mayor parte del día para Hermie: en completo desorden, en profundos pensamientos y en la falsificación de dedicatorias y firmas. Pero también tenía sus momentos patrióticos, como los que dedicaba a recoger tubos de pasta dentífrica y diarios o revistas con fines benéficos. Con frecuencia salía de casa con tres recién exprimi-